



Aixa Solange VIDAL

## I Concurso de Divulgación Científica de la UCM

### *Los Cavernícolas no vivían en las Cuevas*

**Alta Andalucía. 4.000 años antes de Cristo.** Grupos de cazadores se aventuran por los caminos de cornisa de Sierra Nevada siguiendo el rastro reciente de una (probablemente escasa) piara de jabalíes silvestres. En el camino, saludan a los que, hoz de madera y sílex en mano, pasan calor en los campos abiertos segando espigas raquílicas que brotaron, con un poco de ayuda, unos meses antes.

Cuando llegan junto al río, se encuentran con otros vecinos y familiares, cargando recipientes rojizos de cerámica llenos de agua, o pescando pacíficamente la cena del día. Al mirar atrás, la cueva de la que salieron hace ya algunas horas se perfila negra como la noche bajo el sol andaluz. Allí están sus pequeños, intentando alzarse en dos piernas -como hace milenios vienen haciendo los humanos- para salir a jugar al calor exterior. Y allí están sus antepasados, residiendo en las oquedades más profundas, vigilando y protegiendo a sus descendientes desde las oscuridades.



La caza fue fructífera; los jabalíes, atraídos por los animales que convivían muy cerca de los humanos y se alimentaban de sus desperdicios, se estaban volviendo cada vez menos agresivos, y ya sólo se bajaban a la aldea una, a lo sumo dos presas... el resto de los animales era conducido en pie para sumarlo a los del establo, que habían ubicado junto a la cueva pero un poco lejos de las viviendas para evitar los fuertes olores.

Excavación en una cueva neolítica en Granada.

La aldea, que originariamente fue un grupo de cabañas de postes, barro y esparto cercano a la cueva que también utilizaban, fue creciendo con sus niños. Y, al igual que ellos, ahora presentaba una imagen adolescente, desgarbada, estirándose, sin mucha planificación, con la cabeza puesta en la cueva que los albergó y los miembros alcanzando los distintos puntos donde transcurría la vida cotidiana de los aldeanos: los campos de los que obtenían el cereal, las dehesas que escondían frutos y caza, los ríos con sus peces, y el círculo de postes que protegía a los jabalíes y cabras de los depredadores... ¡y a la propia aldea de los destrozos que podrían provocar!

Allí, frente a los cazadores-pastores, se desarrollaba la rutina diaria. Como el tiempo aún era cálido, todos estaban fuera, disfrutando del sol mientras curtían pieles, molían el cereal con grandes morteros de piedra, tallaban puntas y filos para reparar las flechas y hoces estropeadas durante las actividades de otoño. En un rincón cercano, un grupo de jovencitos observaba atentamente cómo algunas personas mayores levantaban paredes de barro para hacer vasos, vasijas y cuencos que utilizarían para cocinar, comer y servir el alimento que se elaboraría durante el invierno. Los alfareros levantaron la vista y sacudieron la pereza de los aprendices: era necesario acabar la tarea antes de que el frío de las montañas quebrara las vasijas y no permitiera su terminación.



Aixa Solange VIDAL

“A ver, ¿dónde está la leña? Hay que agruparla en ese sitio, ¿necesitamos una hoguera para cocer esto!”, “Pero... ¿y esas piedritas rojas que te pedí que molieras para poner bonitos estos cuencos?”... los jovencitos no querían juntar leña o preparar pigmentos, pero si iban a aprender a hacer cerámica, tendrían que aceptar las órdenes de los mayores que sacaban brillos ocultos del fango pegajoso con una piedrita y un poco de saliva... y esos dibujos, los zig-zags interminables, los puntos que se perseguían por el cuerpo de los cuencos, los cordones que parecían trenzas de esparto fijados en torno de las enormes vasijas que colgaban del techo para mantener fresca y a mano el agua y los alimentos... ellos querían conocer los secretos: por ahora, sólo les permitían ayudar y decorar algunas pocas ollas con sus propias uñas y dedos delgados... pero ya aprenderían, después de todo, cuando no había prisas como ahora, cuando no los perseguía el frío o se amontonaban las tareas, todos podían ponerse a levantar vasijas, o tallar piedra, o pulirla para hacer hachas y desmalezar el terreno... pero ¡eso es trabajo más duro!

Miles de años más tarde se conocerían a estos grupos humanos como la “Cultura de las Cuevas con Cerámica Decorada”. Muchas páginas se escribirían sobre ellos, descubriendo poco a poco sus secretos: sus instrumentos, la manera en que los hacían, cómo los utilizaban. Pero pese a que sus habitantes fueron cobrando cada vez más protagonismo en esta historia, la cueva siguió siendo el punto central en torno al que giraban todas las actividades.

Hoy sabemos que la vida de estos cavernícolas tardíos no empezaba y terminaba en las cuevas. Las actividades diarias de los hombres, mujeres y niños que habitaron Andalucía durante el Neolítico transcurrían en múltiples escenarios, posiblemente en la mayoría de los casos, al aire libre. La producción y búsqueda diaria de alimentos y otras materias primas implicaba el tránsito por muchos ambientes, cuanto más diversificados, más valiosos. Además, los traslados a largas distancias, quizás de unos tres a cinco días de caminatas, eran necesarios para obtener materiales más específicos, y eran una buena excusa para entablar nuevas relaciones o afianzar las anteriores con los grupos vecinos. Así, surgen en nuestro paisaje lugares de paso, pequeños campamentos, campos de cultivos, primitivos establos, cabañas percederas, cementerios, canteras. Y, siempre en el fondo, la cueva, que atesoraba los recuerdos del pasado y almacenaba los recursos para el futuro: un lugar importante en la vida neolítica. Pero no el único.